

HENRY JAMES

EL GUANTE DE TERCIOPELO

(The Velvet Glove, 1909)

1

Creía, pobre John Berridge, haber saboreado ya todas las mieles del éxito; pero nada le había gustado tanto como cuando el joven lord, que fue lo que inmediatamente se imaginó que era, y además con toda razón, se lanzó a buscar en París a la nueva estrella literaria que había empezado a brillar, con una luz limpia y roja, sobre el vasto aunque más bien confuso horizonte anglosajón; y abordó a esa celebridad con un ruego tímido e ingenuo. En esa ocasión, el joven lord pidió el juicio inestimable de la celebridad para un caso literario especial; y Berridge pudo tomárselo todo como uno de los actos más «curiosos» presentados hasta entonces a sus ojos en el escenario de la sociedad europea, aunque esos ojos, por lo general, estuvieran siempre muy atentos a perderse lo menos posible del espectáculo humano, y hubieran estado últimamente más abiertos que nunca ante las grandes extensiones que se le ofrecían (pues no podía imaginarse de otra forma su destino) bajo el presagio de su prodigioso «éxito». Era gracias a su éxito por lo que estaba teniendo esas raras oportunidades, de las que tan honesta y humildemente, como podría haber dicho, se proponía sacar lo más posible: era gracias a que todo el mundo (tan lejos habían ido las cosas) estaba leyendo *El corazón de oro*, como un libro un poquito demasiado gordo, o sentándose a ver una obra en cinco actos, un poquito demasiado larga, por lo que se veía llevado por una marea en la que casi no se habría atrevido a dejar flotar a su héroe favorito, por lo que se encontraba con que le estaban pasando cientos de cosas agradables e interesantes que eran todas ellas, de una forma u otra, afluentes de esa corriente dorada.

La gran resonancia renovada por la suerte increíble que había tenido la obra estaba siempre en sus oídos, sin que necesitara molestarse ni en volver la cabeza para escucharla; de manera que el extraño mundo de su fama no era únicamente el campo habitual del auge anglosajón, sino el fondo del mar teatral entero, origen insondable de la ola que en el curso de uno o dos años le había llevado a los escenarios alemanes, franceses, italianos, rusos y escandinavos. París parecía ser ahora el centro de ese ciclón, con crónicas y «beneficios», por no hablar de agentes y emisarios, que convergían allí desde otras capitales de menor importancia; aunque eso no impedía que estuviera impaciente por volver a Londres, donde su obra no había tenido que sobrevivir a una crítica tan despiadada, ni aprender una lección tan angustiosa como la que había recibido de la autoridad suprema, la autoridad francesa que en esas cuestiones era la única con la que desde el punto de vista artístico había que contar. Si su espíritu había tenido que contar con ella, su cuarto acto prácticamente no lo había hecho: todas las noches seguía haciéndole sentir vergüenza por el público, más incluso que la que el inimitable *feuilleton* le había hecho sentir de sí mismo.

Después de todo, ése había sido el único mal trago de su copa; en cuanto a todo lo demás, el punto más alto bien podría haber sido el que alcanzó esa noche en el estudio de Gloriani, al acercársele su extraño y encantador solicitante, presentado, a petición suya, de una forma un poco vaga por la anfitriona de ambos que, con un gesto de desamparo, sincero y afable, se sacudió de sus manos cubiertas de sortijas el nombre y la identidad de cada uno de ellos, y dejó al inglés, joven, rubio, siempre tan seguro de sí mismo, pero siempre con tanta facilidad para acobardarse, solo, con el ruego que tenía que presentar. Eso era lo que en ese agradable personaje podía hacerle preguntarse a Berridge qué idea habría podido metérsele en la cabeza de que él fuera a servirle para algo, pues ése era realmente el último reducto en que podía atrincherarse la modestia de nuestro héroe. Ese joven tan espléndido quería saber, deseaba saberlo con toda su alma, estaba nervioso (de eso no había la menor duda) por saber, según la imaginación ardiente y viva de John, de una forma muy hermosa, si al autor de *El corazón de oro* le importaría echar una ojeada a un libro de una amiga suya, una gran amiga, que él creía era bastante inteligente, y que desde luego a él le había gustado mucho, pero sobre el que deseaba -si es que no iba

a suponer una molestia para el señor Berridge- conocer el veredicto de una persona entendida. Su amiga era muy ambiciosa, y a él le parecía que había algo en el libro..., en vista de eso, ¿podía enviárselo a alguna dirección?

Berridge pensó en muchas cosas mientras el joven lord cargaba de esa forma sobre él, pero lo raro fue que ninguna de ellas tuviera nada que ver con el posible valor de la obra que le ofrecía y que, por lo demás, estaba seguro iba a ser igual que todos los libros, por no hablar de las obras de teatro, y los proyectos de obras de teatro con los que, desde hacía algún tiempo, había visto hincharse su correo diario. Al mirar todas esas cosas, no había podido ver diferencia alguna entre unas y otras. Allí, sin embargo, había algo más, algo que hacía que la proposición de su compañero de fiesta fuera una cosa *independientemente* interesante y, hasta podría imaginar, importante. Sonrió, estuvo amable, y poco preciso; preguntó: «¿Una obra de ficción, supongo?», y dijo que él no pretendía nunca emitir un juicio que, en realidad, detestaba siempre tener que hacerlo, porque estaba seguro de no «entender» más que otra persona cualquiera, pero que, hecha esa salvedad, miraría con gusto lo que fuera, si con eso podía complacerle. Quizás el destello más brillante y más parecido al de una joya que había visto emitir hasta entonces a la estrella de su renombre fuera la luz que llevó a los ojos del lord por consentir complacerle con tanta facilidad. Le fue fácil hacerlo porque la presencia que tenía ante él iba relacionándose por momentos con alguna observación o recuerdo reciente; algo captado en algún sitio, hacía pocas semanas o meses, cuando andaba de un lado para otro, y que parecía aletear al mover ahora las hojas dobladas de su experiencia reciente, casi lo mismo que una flor ajada, metida allí para que se «prensara», podría caer de entre las páginas de un libro abierto al azar.

Había visto ya antes a ese hombre espléndido y simpático, cuya halagadora petición no era en modo alguno lo único que le hacía simpático; le había visto, se había fijado en él, se había preguntado quién sería, en algún momento del que casi no se había dado cuenta, con la imaginación, intelectualmente, por así decir, había sentido un enorme deseo de saber quien era: circunstancia que por unos minutos dio lugar a una asociación de ideas tan atormentadora como vaga, y que le hizo ponerse a observar, con el mayor interés, pero en vano, la cara que por sí misma expresaba todo lo que pudiera ser agradable, menos que le reconocía. El no podía acordarse, y el joven no se acordaba; era seguro que se habían encontrado por casualidad, el invierno pasado, en algún viaje por Sicilia, por Italia, por el sur de Francia, pero su *Seigneurie* -que era como se le antojaba llamarle a Berridge- en aquella ocasión (por ignorar los motivos que tenía ahora) no se había fijado en él. Al mismo tiempo, para el hombre de identidad establecida estaba claro también, gracias a la perfecta lucidez de su sensación de ir a lograr algo, en un ambiente que no «transmitía» más que los ruidos más fuertes, que eso era fundamentalmente mucho menos notable que el hecho de que él se encontrara ahora en esa situación. Hasta cierto punto, ése era el inconveniente de tener demasiada imaginación: las misteriosas cualidades de otros tipos seguían alzándose delante de uno durante mucho más tiempo que las sin duda a veces más altas, pero relativamente más familiares de uno mismo y, si tenías para la vida algo del sentimiento del verdadero artista, el encanto, la diversión que ofrecían esas posibilidades, en diecinueve de veinte estados de ánimo, tenían para ti mucho más valor que la suficiencia, la serenidad, la felicidad, o lo que fuera, de tus certezas personales ya conocidas. En resumen: intelectualmente, «artísticamente», eras más bien despreciable si tu curiosidad (en el buen sentido de la palabra) no valía para ti más que tu dignidad. «En cualquier caso», ¿en qué consistía tu dignidad sino en mantenerte fiel a tu curiosidad, qué momentos podían ser tan innobles para ti como aquellos en que bajo la plaga de los falsos dioses, tradiciones, ejemplos y convenciones estúpidos faltabas a ella? En cualquier caso, su *Seigneurie* no tenía afortunadamente ni la menor idea de lo que un tal John Berridge estaba diciendo, y este último pensaba que, de haber sido menos hermosamente tonto y, por tanto, menos fiel a su verdadera imagen, habría sido muy difícil perdonárselo.

Su verdadera imagen era la de la vida pasada en alegría irreflexiva, y al más alto nivel que pudiera imaginarse de seguridad preparada e insolencia inconsciente. ¿Qué era la página descolorida de la ficción comparada con la aventura personal que, casi en cualquier dirección, habría estado tan estúpidamente, tan galantemente, tan instintivamente y, según todas las apariencias, tan imperiosamente dispuesto a emprender? Berridge habría dado seis meses de «derechos de autor» por una sola hora de su conciencia holgada y dormida, ya que, después de todo, uno no era tampoco ningún gusano, sino heredero también de todos los siglos y, sin embargo, incapaz de dar referencia exacta de la enorme diferencia que veía. Su *Seigneurie* era alto y derecho, pero, gracias a Dios, también lo era el autor de *El corazón de oro*, que tampoco tenía una cara tan vulgar; y no podía considerarse una inferioridad intrínseca ser un hombre con unas cejas un poco excesivas, y que podrían parecer un poco demasiado negras en lugar de ser claro como la mañana. Mientras su nuevo amigo se explayaba, el nuestro trataba en vano de situarle; hablaba de una forma muy agradable, si bien con cierta impaciencia y

precipitación, con la incoherencia propia de un feliz mortal que siempre tenía muchas cosas que hacer y que, al estar siempre esperando ocasiones y momentos cumbres, se había acostumbrado a hablar sin malicia alguna y como si tuviera mucha prisa. Debía de tener siempre muchas citas, y en cierto modo de un carácter muy «romántico», a las que acudir, y faltas de puntualidad por parte de los otros que esperar, aunque el analista no podía menos de preguntarse quién tendría categoría suficiente para hacer esperar a un personaje tan mimado. Había mujeres que podían tener esa categoría..., tal vez media docena de ellas, no más de media docena en el mundo entero; al cabo de cinco minutos, nuestro amigo estaba tan seguro de eso, como si lo supiera perfectamente.

Después de decirle que le enviaría el libro, el joven lord dejó ese tema; había preguntado adónde podía enviarlo y, al dar John el nombre de un hotel, había dicho: «¡Me acordaré, me acordaré!», pero no había hecho ya más escapadas hacia la literatura, y podía apostarse diez contra uno que ésa era la última vez que el ilustre autor iba a oír hablar del libro. Esa era otra de las características de esas existencias privilegiadas, la de hacer que uno se conformara con no pedir de ellas ni una pizca de algo más consistente que el saber salir airoso del asunto, fuera el que fuera, deslumbrándose con su amabilidad y agrado, y sin necesitar dejar más que *eso* como huella de su paso. La consistencia buscada y conseguida era algo tangencial, secundario; comparada con la libertad absoluta podía dar la impresión de deformidad. Berridge no podía colocar a esa imagen de bienestar radiante en ningún sitio que no le pareciera no ser lo bastante bueno; es decir, entre los que no habían sido demasiado buenos para el propio Berridge. Estaba perfectamente donde estaba; en cierto modo, el gran Gloriani hacía que fuese así; su casa, con la categoría artística que tenía, era lo bastante buena para cualquiera, y esa noche había allí gente encantadora, más encantadora que la que nuestro amigo recordaba haber visto en cualquier otro sitio, para servir de séquito o círculo natural de semejante presencia. Por un momento, pensó que había visto esa cara como ejemplo de imperturbabilidad, contemplado, con asombro, entre el ruido sordo de la ruleta, en Montecarlo; pero en seguida desechó esa idea, lo mismo que la de una vulgar *table d'hôte*, o la cubierta de un barco, o un rebaño de colegas peregrinos conducidos por un cicerone, o incluso las de un palco de la ópera que, durante una representación, sirviera de marco a un tipo observado desde el patio de butacas. Uno sólo situaba bien a los dioses y diosas jóvenes cuando los ponía en el Olimpo, y siempre daba la casualidad de que eran de raza olímpica, y que, en el mejor de los casos, brillaban para ti a través de su nube de plata, como las apariciones vengadoras en los poemas épicos.

Eso fue ya una cosa breve y bonita hasta que ocurrió algo que, inmediatamente, le dio, para Berridge, una fabulosa extensión, al poco rato, una extensión tan fabulosa como si de repente hubiera visto que se multiplicaban las nubes de plata y quedaba al descubierto el Olimpo entero. La música, al empezar a sonar atrajo su atención, y al momento estaba escuchando, lo mismo que todos los demás, a un tenor eminente que estaba de pie junto al piano; al mismo tiempo se dio cuenta también de que su inglés se había marchado, y de que en la sala, amplia, lujosa, cubierta de tapices, en la que a pesar de que las personas y los objetos eran numerosos había espacios libres, perspectivas amplias, y donde abundaban lo que podría llamarse situaciones convenientes, se había producido, al oír la señal inequívoca del canto, una rápida afluencia de invitados. Al principio no se fijó más que en eso, y en que varias mujeres jóvenes, para las que se habían buscado asientos, estaban encantadoras en esa actitud de arrobo, y que incluso los hombres, en su mayoría de pie y en grupos, formaban una «composición», poco menos impresionante bajo el influjo de la voz divina. Era la que imperaba allí de una forma absoluta, pero su fino sentido encontraba todavía un recurso en el radio de acción de los ojos, sin sonido ni movimiento, mientras todas las demás facultades permanecían sujetas como por una mano cubierta con una malla de plata.

En ese sentido, pensaba John, era mejor que la ópera: la composición que cantaba el tenor podía ser de Wagner, pero no había Tristán, Isolda, Parsifal ni Kundry que pudiera nunca exhibirse, que pudiera nunca «actuar» para la música, como nuestro amigo tenía ocasión de ver a sus queridos contemporáneos de ambos sexos (pertrechados con armaduras tan distintas del pobre oropel teutónico) sin hacer otra cosa que posar, inmóviles, inescrutables, para ella.

Todas esas cosas juntas daban por resultado un hechizo, en el que hubo un momento en que ya no podía distinguir las partes, de forma que era él mismo el que estaba remontándose tan alto como la voz del cantante, olvidando, perdido en la contemplación del espléndido techo, todo lo que no fuera lo que su inteligencia ponía en ello. El vuelo emprendido debió de ser tan sublime, que cuando bajó de nuevo los ojos, un grupo de personas que estaban junto a la puerta principal acababa de abrirse para dejar paso a una señora retrasada, que se deslizó entre ellas y, por unos momentos estuvo ante su vista. Una prueba del perfecto silencio fue que nadie se moviera para ofrecerle una silla, y su entrada, hecha con la mayor gracia, había sido también tan silenciosa,

que podía estar expuesta a las miradas de todos, y conservar al mismo tiempo una calma absoluta. Berridge pensó que el espectáculo se fundía tan perfectamente con la música que podría haber sido la heroína que avanzaba por el escenario al llegar su turno. El interés aumentó hasta producirle un escalofrío, y todas las cosas, en el mismo instante de reconocer a ese personaje, sin duda la mujer más guapa de las que estaban allí, empezaron a aclararse, y le dieron lo que le había faltado desde el momento en que se fijara por primera vez en su joven inglés.

Allí estaba el enlace que le faltaba: su llegada lo había iluminado al instante como un relámpago. Olímpica ella misma, suprema, divinamente olímpica, había llegado, *sólo* podía haber llegado, por la única persona que había allí de raza realmente igual a la suya, la que había estado hablando con él, y cuya lisonjera demostración podía pasar ahora por una de esas extravagantes formas en que se manifiestan a veces la impaciencia y los nervios. Esa mujer tan encantadora, tan deslumbrante, era uno de los miembros de la pareja para la que tenía que haber sido un estorbo cuando, el otoño anterior, en el último momento, los revisores le habían metido en un compartimiento del tren que debía llevarle de Cremona a Mantua, y en el que, al no haber ninguna parada, había tenido que quedarse. El otro miembro, por cuya identidad, sentida pero inaprensible, se había visto perseguido, era esa imagen insolente de felicidad garantizada con la que había estado hablando. La sensación de admirable intimidad que, habiendo tomado sus precauciones, no había tenido en cuenta su interrupción, era una imagen que se le había quedado grabada, por no hablar del interés que ofrecía el aspecto de las personas asociadas, que tenían un sello en cierto modo tan especial, tan hermosamente distinto del de los ocupantes de los rincones habituales, y sobre las que a pesar de eso, para toda la estructura romántica que iba inmediatamente a levantar, no había tenido ni la más mínima prueba.

Si les había atribuido una serie de condiciones, era todo obra suya: venía de su inveterada costumbre de hacer suposiciones, de echar mano en seguida de una pulgada del cabo que asomara y sacar una vara entera porque, sin poder hacer eso, ¿cómo iba a ser soportable la vida? Ahora no importaba nada lo que hubiera supuesto, y siempre pensaba que el gasto que hiciera de suposiciones era, en el peor de los casos, un cumplido para quienes las inspiraban. Lo único que importaba era que los dos habían sido entonces lo que veía que cada uno de ellos era ahora, es decir, unos seres orgullosos de su juventud, de su belleza, su libertad y su fortuna, aunque, al mismo tiempo, especialmente preocupados: preocupados, claro está, con los asuntos y, sobre todo, con las pasiones del Olimpo. ¿Quiénes y qué habían sido? ¿De dónde venían, adónde iban, qué lazo era el que los unía, en qué aventura estaban metidos, qué felicidad, templada por qué peligro los acompañaba, magnífica, dramáticamente? Esas habían sido sus preguntas, todas tan inevitables y tan impertinentes en aquel momento, y sin sentir ningún escrúpulo por no haber pensado en una tonta luna de miel por no haber tomado el «lazo», como sin duda debiera haber hecho, únicamente por el sagrado del matrimonio; y no se retractaba de ninguna de ellas, apareciendo como volvían a hacerlo delante de él con su vida momentánea de entonces. Sentir la presencia renovada de sus dos amigos por más que sólo hubieran sido amigos fugaces, y con los que no había intercambiado otra señal que un saludo muy vago al aliviarlos de su compañía era sólo darse cuenta de que no les había hecho, por así decir, ni medianamente justicia, y de que, para su disfrute personal, era todavía mucho más lo que iba a venir de ellos.

2

La verdad es que podría haber estado llegando ya, a grandes pasos, cuando, apenas diez minutos más tarde, se dio cuenta de que el desconocido había traído directamente a la princesa para hablar con él. En el intervalo se había perdido el momento en que se encontraban los dos; el gran tenor había cantado otra canción y, nada más terminar de hacerlo, la señora Gloriani había hecho que su pulso se acelerara, con un latido distinto ya que no más fino, al volver a aparecer ante él con el hombre al que más admiraba en el mundo, mirándole como por encima del hombro de ella. El hombre al que más admiraba en el mundo, entonces el más grande de los dramaturgos contemporáneos -y que aparte de eso tenía su nombre escrito, si no con una incisión más marcada, sí al menos con letras de oro más gruesas en la lista de diversiones-, ese fabuloso personaje tuvo que soportar una «presentación» a manos de la buena señora y, un momento después, al quedarse solo con él, inclinaba, para saludarle, su cabeza maciza, rizada, ingeniosa, tan «romántica» y, sin embargo, tan moderna, tan «artística» e irónica, pero en cierto modo tan cívica, tan francesa, pero en cierto modo tan cósmica, y de la que hasta entonces no había tenido más visión que la que le daba ser el poseedor de una fotografía firmada y puesta en un marco, que ocupaba un lugar preferente en un escritorio.

Sin embargo, lo único que el pobre John iba a recordar después de ese momento era cómo le miraba el gran

hombre, directamente a los ojos, y que él no había tenido inconveniente en hacer lo mismo, y con una avidez claramente manifestada. Tenía que reconocer que era muy poco probable que durante esos minutos no hubieran hecho más que mirarse, como dos luchadores o boxeadores enfrentados; pero lo que había conservado, a pesar de todo, era el agradable recuerdo de no haber perdido la serenidad hasta el punto de no acertar a sacar algo de su impresión. Era valiosa y precaria, quizá fuera eso todo lo que iba a dar de sí; y lo que haría después sería acariciar esa extraña idea del silencio, no embarazoso, vacío ni duro sino, por el contrario, cargado y rebosante, que representaba para él el provecho, el inolvidable placer que había sacado de esa oportunidad. ¿No se habían dicho nada? Gracias a Dios, nada que pudiera sonar como un «homenaje»; aunque algo tenían que haberse dicho que llevara, como decían en el teatro, a que, antes de separarse, John pudiera preguntar al número uno de la profesión si por casualidad sabía quién era esa mujer joven de belleza tan radiante, la que había llegado tan tarde, y que llevaba un vestido amarillo pálido, de un tono especial, y unas magníficas perlas. Tenían que haberse separado en seguida, ésa era otra cosa que pensaría después porque, antes del avance de la pareja, de su maravillosa y deslumbrante carga sobre él, había visto con toda claridad al gran hombre, ya a cierta distancia, privarle de contemplar la armonía del oro pálido y las perlas -por no hablar más que de eso- y plantarse allí delante (ahora ya para Berridge nada más que alta espalda de Atlas de la fama) como para entrar en conversación con ellos. Le había privado efectivamente de todo, sin dejarle de momento otra cosa que el haberle dicho que la señora guapa era la princesa. «¿Qué princesa o princesa de qué?», fue lo que preguntó nuestro amigo, pero la respuesta de su compañero se había perdido en el preludio de la actuación de otro cantante que se había acercado al piano.

Fue después de pasar esas cosas cuando increíblemente se acercó a él, acompañada por su adorador, ya que daba por seguro que el joven inglés era su adorador porque, quién podría no serlo, y, con su maravillosa naturalidad, sin esperar casi a que alguien los presentara. Puede decirse que ésa fue la forma en que conoció a nuestro héroe, circunstancia que en seguida describió como una satisfacción que era lo que le faltaba para ser realmente feliz. «He leído todo lo que ha escrito, y *El corazón de oro*, tres veces», así fue cómo explicó las cosas, mientras el joven lord sonreía a su lado, como si eso fuera precisamente lo que él había hecho también, mientras el autor de la obra tenía que reconocer que aunque casi había llegado a no poder soportar la repetición de esas palabras, que le sonaban como una mera manifestación hueca, ni rastro de esa impresión las acompañaba ahora, hasta tal punto una persona como la princesa podía hacer de ellas lo que quisiera. A menos que fuera realmente lo que quisiera él..., eso se le ocurrió en pleno prodigio, en el que no había ni sombra de posibilidad que fuera menos prodigiosa que cualquier otra. Era simplemente una declaración con la que esa admirable mujer estaba obsequiándole, una manifestación de «simpatía artística», pues ése era el término que iba a emplear un momento después, que constituía para ellos una atmósfera etérea, amplia y clara, un elemento elevado y escogido del que los dos podían igualmente participar.

Si era olímpica -como en su belleza joven y espléndida, la de una divina máscara griega retocada por Tiziano, le parecía a él- esa atmósfera que le ofrecía, era la de los dioses mismos: podía haber sido, al cruzar el salón con un largo crujido, Artemisa engalanada, adornada con perlas para sus adoradores, a los que, sin embargo, tenía desconcertados por haberle arrebatado a Hebe la copa de oro, en un impulso un poco cruel. Era a él, a John Berridge, a quien se la ofrecía públicamente: y era su descollante *confrère* de un momento antes, el adorador más desconcertado de todos. Después de que esos amigos se reunieran con él, John había podido ver, a pesar de la distancia, en los ojos vigilantes del gran dramaturgo, el juicio que le merecía la singular actuación de la princesa, y quizá fuera ese detalle el que mejor hiciera comprender a Berridge lo que el caso tenía de extraordinario. La idea de que era un *prodigio* no significaba en modo alguno que se sintiera amilanado; es decir, en un grado de asombro no mayor del que era de esperar; porque desde luego ya habría habido de qué asombrarse en su impaciencia por cambiar la gloria consagrada por la notoriedad relativa, pero lo que sobrepasaba todo lo imaginable era que una olímpica de tan buena raza se hubiera tomado nunca la molestia de leer algo, ¡y nada menos que de leerlo tres veces!

Con el giro que tomaron las cosas a consecuencia de esa reunión, Berridge más de una vez iba a estar a punto de sentir vergüenza por ella, ya que no parecía que a ella se le ocurriera nunca hacerlo por sí misma; él se mostraba celoso del modelo, mientras que ella parecía descuidarlo descaradamente; la ventaja que tenía (si es que no había sido su ruina) era que podía reflexionar lo que se le antojara sobre ello, permitirse escapadas que ella era incapaz de hacer. No había necesitado esperar a que llegara ese momento para estar seguro de lo que haría si fuese olímpico; para empezar, se ahorraría la lectura de todo lo que había escrito; ése sería un buen comienzo para una carrera olímpica. Habría sido tan incapaz de escribir esas obras como de hacer cualquier otra cosa con ellas; y no habría tenido más cuentas que echar con los dedos que un Apolo de mármol al que le

faltaran las manos. No habría consentido conocer otra cosa que la gran aventura personal fundada en la grandeza personal: todo lo que no llegara a eso, cualquier conocimiento de cosas insignificantes, todo lo que no pasara de cuestiones rastreras y de poca monta, no habría podido ser nunca lo bastante olímpico.

Ni siquiera el gran dramaturgo, con su acero templado y puesto a prueba, y con su gran posición «asegurada», ni siquiera él, era olímpico: la expresión atormentada y absolutamente terrenal con que había visto que la princesa le volvía la espalda, y que había tenido el privilegio de observar, era un testimonio más que suficiente. Sin embargo, había que tener en cuenta que la relación personal con una autoridad tan eminente en el tema de las pasiones –por no hablar de sus otros encantos– podría haber tenido para una joven ardiente (y no había duda de que la princesa era ardiente) la gran atracción de la aventura: a menos que, una vez más, prodigio de prodigios, estuviera buscando su aventura muy especialmente en algún otro sitio. Pero dónde podía haber estado buscándola, se preguntaría Berridge con íntima ansiedad, para quedarse tan tranquila dando la impresión de que le ofrecía todo, para tratarle con tanta amabilidad, para ponerse delante de él con toda su sublime belleza y dulzura, y decirle:

-Le agradecería tanto que viniera a verme.

A esos momentos siguió un espacio de tiempo del que iba a perder toda noción, del que nunca recobraría el hilo; la única idea coherente que conservaba de él era que se había producido una interrupción, que había pasado algo que los había mantenido separados pero durante esa separación, más o menos de media hora, no se habían perdido de vista, habían descubierto que sus ojos se encontraban, que se comunicaban a través del salón lleno de gente; que se encontraban y querían encontrarse, querían –era la cosa más extraordinaria del mundo por la supresión de etapas, por la vehemencia manifestada– aprovechar cada uno de los instantes del tiempo que pudiera quedarles. Pero ¿aprovecharlo para qué?, a menos que como las figuras fabulosas de alguna leyenda antigua quisieran confesar abiertamente, casi con toda crudeza, la impresión que habían hecho el uno en el otro. No podría haber dado después el nombre de ninguna otra persona con la que ella hubiera estado durante ese tiempo, ni acordarse para nada de lo que había hecho él, quién le había hablado, o con quién había estado hablando, o si no había hecho más que quedarse allí con la boca abierta y un aire tristísimo.

¡Ay! Los del Olimpo no eran nada convencionales, ésa era una de sus grandezas y privilegios; pero lo que parecía quedar también demostrado era que podían comunicar a sus elegidos, en tres minutos, y sólo con la luz de sus ojos, el mismo ostensible cinismo. Tenía que preguntarse también, y con bastante desazón, si había estado haciendo el tonto, y no faltaban pruebas para hacerlo, ya que había habido una serie de momentos que indicaban con toda claridad que, si no podía gustarle *tanto* ni por su obra representada ni por su palabrería impresa, lo que había que pensar era que le gustaba, y de qué manera, nada más que por él, y de la misma forma, en que uno veía que a todas las diosas del calendario les había gustado, tarde o temprano, algún pastor joven y bien parecido. Por tanto, la cuestión ahora habría sido saber si, bajo los efectos del milagro, era verdad que había quedado petrificado, ante cincuenta pares de ojos, en la actitud de un pastor bien parecido, y eso quizá le hubiera dejado con la sombra de semejante acusación si, en un momento dado, otras cosas todavía más extrañas no hubiesen venido a distraerle.

El agente del cambio, como era de esperar, no fue otro que el joven resplandeciente en quien ahora tenía la impresión de haber estado pensando desde hacía mucho tiempo, desde hacía mucho más tiempo del que hubiera podido pasar en una fiesta durante toda su vida, como en el joven lord: personaje que de repente apareció delante de él con un objeto en la mano, y sonriendo, como si eso tuviera mucha gracia, con una alegría tan absurda que a nuestro amigo le pareció casi increíble. El objeto estaba fuera de lugar porque, al echarle una segunda mirada más detenida, resultó ser un libro; y lo que le había pasado a Berridge era que en menos de veinte minutos había creído que ellos –es decir, la princesa y él– estaban ya a millones de millas de distancia, o al menos a miles de años, de semejantes vulgaridades. El libro, pensó, sólo podía ser su libro (parecía tener también una cubierta roja muy llamativa); y acudieron a él recuerdos, horribles notas falsas, pronto repetidas por su nuevo amigo, de otras personas completamente distintas que, en fiestas completamente distintas, habían blandido ante él libros con ese gesto insinuante, esa expresión traviesa y esa cruel intención. El significado de todas esas cosas –de todo lo que rompiera el encanto de ese momento– era que querían que «firmase» el chisme, y con alguna cita o alguna frase escogida; ésa era la forma en que la gente sonreía y gesticulaba, la forma en que hablaba y llamaba la atención cuando estaba animada de semejantes propósitos; y sintió que casi se le partía el corazón al ver a un ejemplar como el joven lord rebajarse a seguir una moda tan vulgar. Sin embargo, el disgusto de Berridge estaba basado en algo más profundo, en la idea de cómo iba a poder seguir considerándose un pastor bien parecido si consentía en volver a esas ridiculeces. Pero cuando todavía no había salido de su asombro, la absoluta buena fe de su agresor puso las cosas bajo una luz ligeramente distinta.

-He tenido tanta suerte, que he encontrado un ejemplar de la novela de mi amiga en una de las mesas y, por lo que veo, se la ha dedicado a Gloriani. Así es que, si quisiera usted echarle una ojeada...

Y el joven lord, orgulloso de tener algo que ver con un objeto tan insigne, se lo ofreció a Berridge, con la misma naturalidad que si se hubiera tratado de un ejemplar notable de cualquier especie, una manzana redonda y sonrosada criada en su propio huerto, o una piedra preciosa, digna de ser admirada por su excepcional peso y brillo. Berridge lo aceptó de una forma mecánica, aliviado al ver que se disipaba el mayor de sus temores, pero con la sensación de estar poniendo una cara que delataba su asombro ante el carácter absolutamente anómalo de la petición de su amigo. Por un momento sintió incluso la tentación de dejar el libro sin mirarlo siquiera, sólo con la promesa de pedírselo prestado a su anfitrión, y llevárselo a casa para poder verlo con más tranquilidad. Luego, la misma expresión de la cara de su compañero de fiesta le hizo concebir una idea distinta, y todavía peor que la otra; en realidad, un derrumbamiento inmediato del sueño en el que por ese maravilloso espacio de tiempo había estado viviendo. El joven lord, en su radiante barbarie, representaba mucho mejor de lo que pudiera hacerlo John Berridge el papel de pastor bien parecido, del hermoso mortal mitológico «distinguido» por una diosa; porque nuestro héroe veía ahora que toda su forma de tratar el asunto estaba marcada por la gran simplicidad, por la prehistórica buena fe, podría decirse de unas criaturas mucho más románticas y «plásticas», figuras que llevaban el sello de la Arcadia, rústicos glorificados, como los del cortejo de campesinos de *Un cuento de invierno*, que no se extrañaban nada al encontrarse, entre las arenas de una playa pintada por Claudio de Lorena, con un tesoro de tal calibre como el de un niño de sangre real envuelto en ropas de púrpura: algo de un estilo tan fabuloso como eso parecía ser lo que podía haberle llevado a hacer semejante demostración.

La copa del árbol, por Amy Evans..., palabras casi increíbles, que flotaban delante de él, después de que con esfuerzo angustioso posara sus ojos en la primera página, palabras que lo convertían en un objeto tan ajeno a la gracia descuidada de la Arcadia frecuentada por las diosas, como una «kodak» procedente de un naufragio podría haberlo sido para el habitante de una isla remota. Nada podía estar más en consonancia con la respuesta de un indígena, lamentablemente apartado de sus inclinaciones y dignidad naturales, que la forma en que el buen salvaje del propio Berridge añadió:

-Es su seudónimo, Amy Evans.

No podría haberlo dicho de otra manera de haber sido un gacetillero cualquiera, pero lo hizo con un aire de ser algo, tan despegado de la inteligencia, que conservaba toda la poesía de su situación, y hacía trizas únicamente la de las otras personas. La información puso al autor de *El corazón de oro* totalmente en su sitio, pero dejó al hombre que hablaba sin rastro de Arcadia.

Muchísimas gracias. Berridge, en cierto modo, se aferró a eso para evitar que todo empezara a dar vueltas-. Sí, me gustaría mirarlo –creía que había conseguido decir, haciendo unos gestos espantosos.

Y después de eso vino efectivamente un pequeño descanso, en el que apenas sabía que había sido de nada o de nadie; en el que únicamente tenía la impresión de estar solo en un lugar desolado, donde ni siquiera su desolación le salvaba de tener que mirar las más grises páginas impresas. Allí nada servía para nada, puesto que, por grises que fueran las páginas, sus ojos todavía podían leer frases como éstas: «El encanto de la cara, que era el del glorioso período en el que Fidias reinaba como artista supremo, y que debía su nota más exquisita a esa curva en forma de concha del labio superior que a nosotros nos recuerda siempre la sonrisa con la que Astarté, llevada por el viento, debió salir del mar salado al que debía su nacimiento y sus terribles antojos» o «Era demasiado para la mujer apasionada que llevaba dentro, y se dejó llevar, sobre la tierra florida que había sido, pero ya no era, el amor de los dos, con un efecto de ruina y desolación que podría haber procedido de una de las convulsiones, más físicas, aunque no más espantosas, de la naturaleza».

Algo más tarde pareció darse cuenta de que habían ocurrido otras cosas mucho más naturales; por ejemplo que, al cesar por fin la música que, durante tanto tiempo, y sólo con pequeños intervalos, había mantenido a todos los asistentes ostensiblemente atentos e inmóviles, y de la que, a pesar de su gran calidad y del supuesto privilegio de escucharle, se había permitido no pescar ni una nota, había mucho revuelo y movimiento y descenso ruidoso a otro plano más bajo, que se hizo aún más marcado con el rápido despeje para pasar al comedor, y la alegre dispersión de la mayoría de los invitados. ¿No había comprendido, a través de lo que veía, aunque todo seguía siendo en cierto modo confuso e irreal, que la princesa ya no estaba allí, que le habían apartado de ella al multiplicarse la corte de sus adoradores, la corte obsequiosa a la que el cambio había permitido agruparse corriendo a su alrededor; que Gloriani, muy galante, le había ofrecido el brazo, como a la primera de las damas que había allí, y que le habían dejado con media docena de personas, más entendidas que las otras que, solas o por parejas, se habían lanzado a inspeccionar más de cerca algunos de los pequeños tesoros desparramados por el estudio?

El estaba allí de pie, pesaroso y afligido, con un libro tonto forrado de rojo debajo del brazo, como podría haber estado aferrado a un poste o al mueble más próximo, al sentir la sacudida de un terremoto o verse atacado de un repentino mareo, aunque no se diera cuenta de ese absurdo, de esa forma instintiva de aferrarse, hasta que se produjo lo que iba a ser todavía más maravilloso que todo lo anterior: ver que la princesa estaba otra vez en la puerta del salón, que se paraba allí un instante con toda su exquisita gracia, como si estuviera buscando algo o a alguien, y que luego, al reconocerle, avanzaba por el salón vacío, como si él, y nada más que él, fuera lo que tanto deseaba encontrar. Estaba allí, radiante de felicidad al verle, como si hiciera diez años que le conocía y le amaba, diez años en los que, a pesar de sus decididos intentos, no había conseguido curarle, como las diosas tenían que curar a los pastores, de su timidez de simple mortal.

-¡Ay, no, ése no! -dijo en seguida con su divina familiaridad.

Porque en un instante había «descubierto» cuál era la producción literaria de la que parecía haberse apoderado con tanto cariño, y de la que todas las Amy Evans que llevaba dentro, como ella habría dicho, deseaban claramente despojarle en el acto. Se la arrebató; él dejó que se la quitara; casi no sabía lo que estaba pasando, sólo comprendía que ella distinguía al bueno, al que le tenían que haber enseñado, como el rojo, el verde o el púrpura, y que daba a entender que el otro amigo suyo, un compañero del Olimpo, por quien Berridge le había tomado desde el principio, había armado el pobre un lío espantoso al precipitarse y darle el rojo sin que nadie se lo pidiera. La princesa seguía hablando, como si realmente hubiera venido para eso, para hacer esa rectificación, como si estuviera impaciente por reunirse con su querido señor Berridge, después de toda esa música tan pesada, para hablar con él de cuestiones verdaderamente urgentes; mientras que, gracias a lo increíble que era todo ello, la marea de la fábula dorada volvía a ponerle a flote, y su pretexto, y su ruego, y lo absurdo del motivo que daba se desvanecían lo mismo que se desvanecen las nubes que cumplen con su deber en los poemas épicos y pastoriles.

-Quizá no sabía usted que soy Amy Evans -dijo, sonriente-, a lo mejor ni siquiera sabía que escribo en inglés, que es una lengua que me gusta, se lo aseguro, tanto como pueda gustarle a usted, y que le da a uno (¿no es verdad, quién iba a saberlo mejor?) el mayor número de lectores. Me «entusiasman» (¿no es eso lo que dicen?) sus millones de americanos, y todavía más porque me toman realmente por Amy Evans, que es por lo único que quiero que me tomen, gustarles por mí misma ¿comprende?, y porque no parece que hayan intentado «buscar algo más» (¿no es así como dicen?) bajo mi pobre *nom de guerre*. Pero es por el nuevo, por el último que he escrito, *El guante de terciopelo*, por el que me gustaría que me juzgase..., si es que semejante *corvée* no le asusta demasiado; aunque reconozco que es un cambio directo hacia la tendencia romántica, ya que después de todo (no tengo inconveniente en confesarlo) es con la novela de amor, tan vieja y desacreditada, con la que más me compenetro. Le mandaré *El guante de terciopelo* mañana, si es que puede encontrar media hora para él; y luego..., ¡y luego...!

Se detuvo, como si tuviera que hacerlo por lo maravilloso que era lo que iba a decir.

Lo que iba a decir tenía que ser por fuerza tan extraordinario, fuera lo que fuera, que la necesidad que mejor podía responder a ello, fuera lo que fuera también, le puso las sílabas en los labios:

-¿Va a ser muy, muy buena conmigo?

-¡Huy!, buena, querido señor Berridge. «Buena» -se echó a reír-, eso no es nada para lo que... -Hubo otra pausa-. Bueno, para lo que quiero ser. Vea, vea simplemente cómo quiero ser.

Pensó que era exactamente lo que no podía menos de ver, a pesar de los libros, los lectores, y los seudónimos, a pesar de la perversión «decadente», comparable a la de los romanos y bizantinos más irresponsables, que podía llevar a una criatura hasta tal punto hecha para vivir y respirar su historia de amor, tan entregada a ella en cuerpo y alma, y con tan buena disposición para hacerlo, a meterse en la espantosa danza de escribirla contra todas las reglas de la gramática, y con ediciones, y anuncios y críticas y derechos de autor, y todos los demás requisitos. ¿Pues qué podía haber que fuera más emocionante que lo que había hecho de dejar a las personas que estaban en la otra habitación, para las que él no era nadie, que haberles vuelto la espalda, con toda su *crânerie* de audacia e indiferencia, nada más haber empezado a darse cuenta de que él no estaba allí? ¿Qué más que haberles prohibido con una sola palabra, intentar impedir o criticar su libertad, que haber ido a buscarle, en las mismas narices de todos a los que había trastornado sus planes, como diciéndoles que podían pensar lo que quisieran, no de ella, que bendito lo que le importaba, sino del nuevo as con el que había que contar, el invencible cachorro de león del día? ¿Qué más que haber dejado quizá plantados hasta al gran escultor y al gran dramaturgo que no salían de su asombro ante una experiencia por la que no habían pasado en su vida?

Todo eso demostraba que la gran naturalidad de las mujeres es realmente grande, y lo fácil que resultaba todo cuando eran grandes de veras. Estaba cada vez más convencido de que *eso* podía convertirse en una delicia para

él, tan pronto como se confirmara definitivamente; era un terreno en el que se había aventurado desde un punto de vista escénico, de la representación, dentro de la esfera artística, pero sin soñar nunca en «ponerlo por obra» en la esfera social. En ese momento, tuvo además la galantería, el buen gusto, de no pensar siquiera en el provecho que como escritor podría sacar en el futuro de su experiencia social; se abandonó únicamente a la idea de todo lo que ella le invitaba a creer. Un momento después iba a permitirse una emoción mucho mayor, por lo que le había dicho en unas cuantas palabras, aunque la verdad es que las palabras no eran nada, todo estaba en lo que se traslucía a través de ellas.

-¿Le importa mucho lo de cenar aquí? -Y mientras no podía hacer más que mirarla y notaba que casi se le saltaban las lágrimas, añadió:- Porque, si no le importa...

-¿Porque si no me importa...?

No había terminado la frase, pero no por el más leve asomo de timidez, sino por el gusto de hacerle insistir.

-¿Por qué no vamos a irnos juntos y dejarme que le lleve a su casa?

-¿Va a venir conmigo a mi casa? -preguntó John Berridge, casi sin respiración, y mientras el sudor de su frente podría haber sido el rocío de la mañana en una ladera del monte Ida.

-No, es mejor que venga conmigo. Eso es lo que quiero decir; pero, desde luego, tendré mucho gusto en ir a verle en otro momento, si me lo permite.

No había dado ninguna importancia a lo que él, nada más decirlo, creyó que podía parecerle un atrevimiento ridículo; y, antes incluso de que tuviera tiempo de sentirse aliviado por no tener que dársela tampoco y presentar disculpas, había añadido, con toda naturalidad, que quería marcharse, que no iba a tardar en estar ya harta de los pelmazos que había allí y que, con una palabra que dijera, podían escapar los dos por una puerta independiente y llegar al patio, donde encontrarían su coche. Más tarde pensaría que la palabra que hubiese acertado a decir tenía que haber importado muy poco, porque la única impresión que iba a conservar de lo que había ocurrido después era sólo el agradable susurro de su vestido, mientras cruzaban el salón, en busca del recurso más a mano y más prometedor, la puerta por la que él había entrado, y que daba directamente a una escalera. Una imagen independiente era la del único de los invitados con el que había tenido una relación más estrecha; hasta aquel momento siempre había pensado en él como en el compañero de Olimpo de la princesa, pero ahora una nueva visión momentánea de su persona parecía modificar esa idea.

El joven lord había reaparecido en la puerta, la del pasillo que venía del comedor, que también había cruzado la princesa, y Berridge sintió que estaba allí, le vio allí, se preguntó qué hacía allí, todo ello, en el primer minuto, sin mirarle siquiera. Habría venido a conocer los motivos de la extraordinaria demostración en público de su amiga, ya que tenía más derecho a sentir curiosidad, ansiedad, o lo que fuera, que cualquier otra persona; estaría observando los interesantes detalles que la completaban y, llegados a ese punto, era posible que estuviera mostrando una cara muy distinta de la que hasta entonces habría correspondido a la hermosa seguridad de su posición. Todo eso, por parte de nuestro joven, en cuanto a esa primera sospecha de que hubiera podido despertar el germen de la ira en un pecho celestial; todo eso, por el momento en que nada le hubiera inducido a dejar traslucir, ante un miembro de una vieja aristocracia, posiblemente apenado, un regocijo vulgar o una alegría desacostumbrada. Hay que confesar, sin embargo, que lo que pensó después ya fue otro asunto que tomó otra dirección muy distinta, porque francamente, todo el conquistador consciente que llevaba dentro, como habría dicho Amy Evans, no podía renunciar a una consagración probablemente definitiva. No quiso prolongar las observaciones, pero hubo algo que sí calculó por unos segundos, la verdad de lo que tenía que haber sentido con respecto a él el observador interesado de la puerta. Pero, de forma harto desconcertante, la verdad sobre ese punto resultó ser que la más divertida, la más alentadora, y la menos envidiosa de las sonrisas iluminaba la cara del joven lord, aportando así su contribución definitiva a una exhibición de candor elegante que en la experiencia de nuestro héroe no tenía precedentes. No, no estaba celoso, no le hacía a John Berridge el honor de estarlo, ni siquiera con la más leve muestra, sino que se sentía tan feliz de ver a su amante inmortal hacer lo que le apetecía que podía sonreír encantado ante la singular circunstancia de que dedicara sus caricias en público, casi con prodigalidad, a un caballero que, después de todo, tampoco era un don nadie.

Todo ello era de sobra desconcertante, pero esa indicación habría bastado para que se tambaleara la idea que tenía de la copa que le ofrecían si durante los diez minutos siguientes, hubiera conservado más independencia de juicio. Pero eso era algo con lo que no se podía contar cuando uno sentía dentro, como con una punzada de dolor, casi con un grito de alarma sofocado, que todo el sentido de las proporciones se había venido abajo de

golpe, y ya no servía para nada.

-No directamente, y no demasiado de prisa, ¿le parece bien? -fue la inefable proposición que le hizo cinco minutos después, bajo la marquesina de cristal que les servía de abrigo hasta que llegara su carro de fuego.

Estaba allí casi antes de que terminara de hablar; el auriga, con una curva amplia y limpia, lo acercó a las escaleras del porche, y el criado de la princesa, antes de sentarse delante con él, abrió la puerta del coche. La princesa entró y, un minuto después, Berridge estaba a su lado:

-Como usted quiera, princesa, adonde usted quiera; vamos a prolongarlo; vamos a prolongarlo todo; no permitamos (ya que ha de ser algo tan especial y bonito) que se acabe ni un minuto antes de lo que haga falta.

Eso fue lo que pudo decir, con la seguridad que le daba el poder hablar en inglés, mientras el *valet-de-pied*, perpendicular e imperturbable, con la cara blanca bajo la luz eléctrica, cerraba la puerta y ocupaba su puesto delante donde, la espalda rígida y uniformada de los dos hombres, que se veía a través del cristal, era como una muralla protectora; una garantía de intimidad tan grande, pensó Berridge con su inagotable fantasía, como la que debía de darle a uno la figura de los hombres que hacían guardia en los serrallos de Oriente.

Al arrancar, su compañera había dicho algo de ir a dar una vuelta, de ver algunos de los aspectos tan maravillosos que ofrecía París por la noche; y, después de eso, aunque se preciara de conocer su ciudad y de saber andar por ella, dejó de fijarse en el camino que seguían porque tenía ya bastante con la exquisita sensación de seguridad que le daba. Eso era conocer París, en una noche tibia y maravillosa de abril; eso era estar colgado sobre la ciudad desde alturas apenas iluminadas por algunas luces, y ver abajo, a lo lejos, el pergamino desenrollado de su historia increíble, escrita en sílabas de fuego a través de *place*, río y puente, a lo largo de muelles, bulevares y calles, y alrededor de plazas monumentales; esbozada y resumida, más y más allá, en el polvo rojizo y borroso de sus avenidas interminables; eso era reconocerla con emoción y cariño, entender un millar de cosas que traían otras tantas respuestas, tener la sensación de adueñarse de ella.

-Me gustaría tanto que quisiera hacerlo, y creo (bueno, estoy segura) de que podría hacer mucho por el libro en América.

¿Había seguido hablando o había habido pausas, momentos de silencio embrujado y natural, interrupciones que sólo traían una mayor confianza y dulzura? Como ese gesto que en aquel momento parecía hacerlo; poner su mano enguantada sobre el dorso de la suya, que tenía apoyada en la rodilla, y que sacó de él una impresión de seguridad que apenas sabía lo que era. Era verdad que el gesto -y eso lo pensó, aunque por un minuto contuviera la respiración- parecía ser más bien el de Amy Evans y, si lo que había dicho mientras iban en el coche había tenido el mismo sentido de esas palabras (sólo se había dado cuenta de que estaban allí encerrados juntos, sin capacidad para pensar en significados o hacer distinciones, con todos sus sentidos absorbidos en ello) la cosa para él no era ya tan segura, tan sublime, tan fabulosamente romántica como sus latidos acelerados habían parecido atestiguar. Su mano estaba encima de la suya, como prueba viviente y preciosa y París suspendido sobre ellos, como un dosel, su noche recamada de oro; sin embargo esperó, porque había visto algo todavía más extraño, esperó aunque ella no moviera la mano que expresaba cariño y respeto y ternura y realmente lo que se le antojara, porque luego ya todo fue cuestión de lo que oyó después, y de lo que poco a poco fue dejándole helado al escucharlo.

-Es una cosa que se hace aquí con mucho gusto, ¿sabe?, una atención que un hombre inteligente siempre se alegra de poder tener con una amiga literaria, y algunas veces, cuando se trata de un nombre tan grande como el suyo, presta un inmenso servicio a un pobre libro como el mío.

Hablaba con toda humildad, pero también con mucha alegría y ahora, aún más que antes, con esa confianza del camarada y el admirador sincero. Sí, eso fue lo primero que comprendió en medio del escalofrío que sentía; en cierto modo estaba dando una explicación, exponiendo sus condiciones, el motivo, en suma, desconcertante, deplorable, aterrador, de la experiencia, por otra parte tan ilimitada, que creía había abierto ante él; y estaba haciéndolo con la frialdad absoluta de su situación privilegiada. Todavía no sabía muy bien de qué estaba hablando; era de algo que quería que hiciese por ella, cosa que era precisamente lo que había esperado, pero, ¿qué cosa, trivial y, el cielo les perdonara a los dos, de qué tenebroso orden? Lo que sentía por encima de todo era el dolor con que se le metían dentro dos o tres de las palabras que había usado; y el temblor con que las repitió un minuto después, fue como el de estar sacándose, despacio, con cuidado, tímidamente, un dardo que tuviera clavado en la carne.

-¿Una «amiga literaria»? -repitió, mientras volvía la cara hacia ella, mientras el blanco de sus ojos, próximos a los suyos, brillaba en la oscuridad como el engaste de plata de unos zafiros.

Ella sonrió, y eso fue como un soplo de aire fresco para la sofocación que no había dejado de sentir en medio del escalofrío general.

-Sí, claro, no quiere admitir que soy escritora y, por supuesto, si es usted tan espantosamente cruel, incorruptible, y amigo de encontrar defectos, no va a permitir que diga de mí lo que yo tanto desearía que dijese.

«Pero ¿dónde, dónde, de todo lo que pueda haber de maldita, de grotescamente ilusorio estamos?», se dijo para sus adentros, que era una forma de reconocer que no entendía ni una palabra de lo que estaba diciéndole. Esa incertidumbre no pudo menos de dejarla traslucir, al preguntar por lo que quizá le parecía más ambiguo y más irritante.

-¿Dejar que aparezca, qué, querida princesa?

-Pues que aparezca su prólogo, hombre, el prólogo maravilloso, de buenos amigos, el irresistible prólogo que nos escribimos para darnos bombo unos a otros, y que yo he estado preguntándole si no querría ser un ángel y escribírmelo a mí.

Se tragó todas sus palabras de golpe, le parecía que no había tenido que tragar algo tan amargo en toda su vida.

-¿Ha estado preguntándome si no querría escribirle un prólogo?

-Para *El guante de terciopelo...*, después de que se lo haya enviado y le haya parecido que realmente puede hacerlo. Naturalmente, no quiero que diga lo que no piensa, pero... volvió a acariciarle, tan de cerca, con su fragante sonrisa, deseo tanto gustarle, y que lo diga todo de una forma tan bonita, y en público.

-¿Quiere gustarme, princesa?

-¡Válgame Dios! Pero ¿todavía no lo ha comprendido?

No podía concebirse nada más extraño -si es que lo entendía por fin- que esa deliciosa manera de dejarle al otro lado de un abismo. Era como si primero le hubiera levantado con sus preciosos brazos, le hubiera subido, alto, alto, alto, apretándole mientras lo hacía contra su pecho inmortal, y luego, con un alarde de su fuerza natural y de su condición ajena, le hubiese dejado donde quería que estuviera..., que era a miles de kilómetros de ella. Ante el absurdo de verse una vez cara a cara frente a semejante asunto, lo aceptó todo, y luego cerró los ojos, de asombro, de desesperación y de vergüenza y, para buscar un poco de descanso, hundió la cabeza, que llevaba descubierta porque se había quitado el sombrero un momento antes, en el respaldo tapizado del asiento. Dejar de ver, y a ser posible de oír, suponía ya una retirada momentánea, escapar de un estado del que creía salir muy favorecido considerándolo «embarazoso»; el estado de desear que terminase su humillación, y de pensar si la solución más decente no sería pedir que parase el coche y que le dejara bajar.

Durante un minuto largo, o tal vez bastante más, no dijo ni una palabra; mientras el coche seguía corriendo y corriendo, ahora hasta parecía que algo más de prisa que antes, y comprendió, a pesar de tener los ojos cerrados, que las luces habían empezado a multiplicarse, y que habían vuelto a los barrios espaciosos y decorativos. Comprendió eso, y también que su retirada, con su actitud de estar dispuesto a complacerla, con su aire -eso fue lo que vio sobre todo- de estar reconcentrándose, por orden de ella, para buscar, con toda su ingenuidad, alguna maldita mentira o fórmula que pudiera poner a su servicio, y demostrar así el esfuerzo que hacía; se dio cuenta digo, de que su retirada, con su vigorosa presencia al lado, con la presión que ejercía, y sintiendo la confianza con que calculaba los minutos mientras avanzaba el coche, no era más que una retirada a medias. Sí, la cosa no podía estar mejor: él había hecho el ridículo, y casi tanto como, según todas las apariencias y con toda tranquilidad, ella estaba intentando que lo hiciese, y la única respuesta sería inclinarse hacia adelante, dar una palmadita en el hombro del criado, y pedir que fuera el mismo coche el que pusiera fin al asunto.

Pero veía también que eso sólo sería una respuesta a la tonta, pesada y totalmente superflua Amy Evans, pero en modo alguno a su acompañante, que tenía al menos una paciencia exquisita, y que daba claras señales de estar pensando que lo que le hacía mantenerse en esa actitud no era mas que su afán de complacerla, su deseo, conmovedor y leal, de pensar un poco lo que podía hacer por ella, lo que podía decir, «con generosidad, pero, en conciencia» (¡qué maravilla!), antes de comprometerse a hacerlo. Estaba encantada, eso era lo que parecía decirle; esperaba, estaba allí, materialmente inclinada sobre él, como Diana sobre Endimión dormido, mientras todo el concienzudo hombre de letras que llevaba dentro, como ella habría dicho en ese caso, luchaba con el más inclinado a pecar, el más aturdido y «formal», aunque, para el ideal suyo, tanto más trivial camarada. Sí, podía aguantarlo, es decir, podía resistirse a dar su verdadera respuesta, podía soportar la tensión más bien marcada del resto del viaje lo mismo que ella; sería capaz de hacer de su distanciamiento silencioso, de esa prueba de lo mucho que meditaba su ruego, una retirada en buen orden. Ella *era*, para sí misma, y hasta el último extremo de su inocente vanidad, Amy Evans; y pedía «ayudas», y encontraba natural decir tonterías o que las dijese él; o al menos, y mientras no llegara a tanto, no era por la estupidez realmente conmovedora de intentar convertirse en una simple mortal de la única manera que para estar todavía más satisfecha de sí misma

ella creía que podía hacerlo.

Nada podría haberle emocionado más si emocionarse hasta más allá de cierto punto no hubiese sido dejarse sobornar, que esa incapacidad para adivinar el rumbo que seguían sus pensamientos; y probablemente, en ninguna pequeña crisis de su vida había visto una promesa tan grande en el que seguían los suyos, como al hacer lo que hizo en el momento en que entraban en su calle lujosa y vacía, a esas horas, un desierto con profusión de luces y piedra esculpida. Se llevó a los labios la mano que todavía no había soltado, y la tuvo un momento apretada contra ellos; él cerró los ojos para olvidarse cuanto le fuera posible, mientras comprendía, con una sensación de dolor sofocada, que aquélla era la merced con la que Amy Evans buscaba animarle, darle fuerzas y recompensarle de la forma más expresiva. El coche había disminuido la velocidad e iba a pararse; pero ella, aunque hubiese bajado la mano, no se la había soltado. Eso le permitió, cuando pudo recobrarse un poco, entablar una relación más activa con la de su amiga, cogérsela, a su vez, y con una intención más directa, ya que el guante, no se sabía cómo, se le había caído. Inclinandose sobre ella sin ningún impedimento devolvió, tan firme y plenamente como todos sus sentidos recobrados podían expresar por debajo del bigote, la consagración que sus propios nudillos habían recibido; y sólo después de eso, sin soltar todavía la mano, bajó el cristal de delante con la que tenía libre, y dijo al criado que parase.

Habían llegado; la *porte-cochère*, cerrada, esperaba que se acercasen; pero su gesto hizo efecto, el coche se paró al borde de la acera, y el criado en un instante estaba en la puerta y la había abierto; luego, con la misma rapidez, fue a tocar la campanilla de la entrada. Berridge, al soltar la mano, tuvo la impresión de que había cortado el cable; salió del coche, volvió a subir el cristal que había bajado, pues el suyo ya lo estaba, y cerró la puerta que le había liberado. Mientras hacía todos esos movimientos, había tenido la sensación de que su compañera, todavía radiante y espléndida, estaba, sin embargo, como momentáneamente apagada, suspensa, con una luz de plata un poco borrosa, como una luna de verano a través del velo de una nube. Así fue como la vio cuando se apoyaba en la ventanilla para despedirse; comprendió el estado en que estaba, mientras su vaguedad brillante llenaba el círculo que el interior del coche formaba para ella. Era un estado al que se había visto reducida, lo comprendía, estaba seguro por primera vez en su vida; y era él, pobre John Berridge, quien la había puesto en esa situación.

-Buenas noches, princesa. No volveré a verla.

Vaga era poco decir, por más que pudiera brillar dentro de su nicho, como con la licuación de sus perlas, el resplandor de sus lágrimas, la candidez de su sorpresa.

-¿No va a entrar..., después de haberse quedado sin cena?

Sonrió, queriendo hacerlo con más amabilidad que en toda su vida; al principio no hizo más que sonreír; luego movió la cabeza, con una pena igualmente grande.

-Tengo la impresión de haber cenado hasta no poder más, princesa. Gracias, no voy a entrar.

Mientras le miraba, dejó escapar un gemido largo, ahogado, de ansiedad.

-¿Y no va a hacer mi prólogo?

-No, princesa, no voy a hacerle su prólogo. Nada podría inducirme a decir una palabra sobre usted en letra impresa. En realidad, no creo que vuelva a mencionarla nunca mientras viva.

Por un instante tuvo la sensación de estar hablando a un ídolo milagrosamente humanizado, cubierto de joyas, sagrado, con exvotos colgados a su alrededor, pero que aparecía misterioso, en las profundidades de su santuario, por el exceso de lustre acumulado.

-Entonces ¿no le gusta? -fue el maravilloso sonido que salió de la imagen.

-Princesa -fue el sonido con que respondió el devoto-, princesa, yo la adoro. Pero me siento avergonzado por usted.

-¿Avergonzado?

-Novela de amor ya lo es usted y, por lo que veo, todo y todos los que la rodean. ¿Qué más quiere entonces? Su prólogo (el único del que merezca la pena hablar) fue escrito hace ya muchos años por la más hermosa imaginación del hombre.

Humanizada, al menos por un momento, pudo entender lo suficiente para confesar que no entendía nada.

-No comprendo, no comprendo.

-No necesita comprender. No intente hacer cosas tan viles. Déjenoslas a nosotros. Viva únicamente. Exista, nada más. Nosotros nos ocuparemos del resto.

Se movió; estaba pegada a la ventanilla.

-¡Pero señor Berridge...!

Levantó las manos; las sacudió un poco, en un gesto de desaprobación.

-No pronuncie mi espantoso nombre. Afortunadamente, a pesar de todo, no puede hacer nada.

-¡Ah, *voiyons*! Si es que...

Repitió el mismo gesto y, cuando bajó las manos, las puso encima de las de ella, que las tenía ahora agarradas a la ventanilla.

-No hable, porque cuando habla, dice cosas. La novela es usted –dijo otra vez con toda su fuerza de persuasión-. Eso es todo lo que tiene que ver con ella –añadió, mientras sus manos apretaban las de la princesa.

Sus caras estaban más cerca que en ningún otro momento, pero eso sólo servía para que se viera mejor esa terrible no inteligencia con la que su belleza, inconcebiblemente, parecía resaltar todavía más. Eso era para él un dolor, casi una angustia; el miedo de que volviera a decir algo que demostrara lo poco que le entendía. Por eso sus ojos la miraban suplicantes, reconviéndola, al mismo tiempo que los de ella, lejos de apartarse, pero con un ruego tan distinto, y ahora completamente empañados, parecían lavarle con las lágrimas de su fracaso. En esos momentos era como si sólo se tratara de ver cuál de los dos podía rogar con más franqueza. Sin poder olvidarlo, ella dijo:

-Sólo con que lo pensara un poco, si quisiera intentarlo...

No pudo soportarlo, era capaz de creer que se escabullía, que ponía excusas y se inventaba una teoría, porque no tenía suficiente ingenio, porque no sabía escribir esas pocas páginas amables que le pedía, y que cualquier francés, maestro del *métier*, le habría prometido con toda naturalidad y galantería. Si ella empezaba a comprometerse así, él, por los dioses inmortales, lo anticiparía de la forma más efectiva, haciendo que su menosprecio fuera imposible. Sus caras estaban tan cerca que podía tomarse cualquier libertad, aunque sólo fuera por un instante, y mientras la espalda del chófer los protegía por un lado, y su propio cuerpo, ayudado por la capa suelta, cubría toda la ventanilla e impedía que pudieran observarle desde cualquier lado, pronunció, con un último gemido que salía de muy adentro, el eco incontinente de su dolor por lo que podía haber sido, las mismas palabras. «La novela es usted.» Para que pudieran entenderse bien, las selló con sus labios, con toda la fuerza de la autoridad, sobre los de ella. Después de separarse, y mientras el coche arrancaba otra vez, no volvió a oír ninguna palabra de ella como si, divinamente indulgente, pero humanamente derrotada, hubiera abandonado el asunto y se retirara asombrada. El se retiró también, pero todavía pudo saludar con el sombrero cuando pasaba por delante, para desaparecer al cruzar la gran puerta de entrada, cuyas hojas se cerraron inmediatamente tras ella.